

María Angélica Socas

## Tres mujeres en las novelas de Max Dickmann



A obra de MAX DICKMANN nace del ambiente y asigna a cada figura una voz en ese gran coro que es la sociedad de un determinado lugar en un determinado momento.

Desde *Madre América*, la novela del pequeño pueblo cuya formación espiritual tanto ha gravitado en la composición de nuestra sociedad burguesa, hasta *Gente*, el fresco de una gran ciudad, y en las demás novelas de este autor, apunta en algunos de sus personajes la oposición a un medio que aparece agotado y como si ya no pudiera dar a su tiempo ningún elemento vital.

En este sentido se destacan con mayor fuerza las figuras de mujer, tal vez porque cuando un pueblo se transforma y sigue la curva que va desde la sociedad colonial, arribista y pacata a un mismo tiempo, hasta el punto, culminante hoy, de la gran ciudad industrial, materialista e inquieta, es lógico suponer que es la mujer quien recibe y soporta el mayor choque en la lucha.

*Lucía Decampos*, en las novelas *Madre América* y *Gente*, es la primera en andar por ese camino. Aristócrata por linaje y revolucionaria de espíritu, *Max Dickmann* la define en pocas líneas al hablar de su rostro de «rasgos inestables como el primer estado de una perfección».

La liberación de *Lucía Decampos*, para emplear la palabra que generalmente se usa cuando se pretende significar la natural tendencia de la nueva generación, o de las clases menos afortunadas, a buscar una armonía entre el mundo interior y el medio ambiente que les permita su supervivencia, es limitada. Se concentra en actitudes tan simpáticas como su índole espiritual.

«El cigarrillo no había llegado a constituir todavía un hábito para ella; apenas era un deseo pero se daba a él, abriéndole las puertas de su voluntad para que lo fuera muy pronto. Era como un milagro que dilataba esos momentos que se iban sumando y sustituyendo en lo íntimo de su naturaleza a la «tota mulier in útero» por un conjunto de funciones que determinaban nuevos hábitos y deseos y creaban a la «tota mulier in ovario», fórmula mágica de una nueva edad humana».

*Lucía Decampos* se debate entre el inútil intento de detener el derrumbe definitivo, fin de todos los suyos, y la inútil frivolidad de los amigos que aseguran haber roto con todos los prejuicios y todas las ataduras. Sincera y pura, no acepta de buen grado esos sustitutos de una libertad que en ella reclama el mismo impulso que la aparta del grupo. Los otros podrán despeñarse, ella no lo hará porque todo aquel que lleva en sí una aspiración de aceptar y cumplir con la incesante evolución que es el eje de la vida sólo cae en el aparente fracaso puesto que por sí mismo se arranca a la podredumbre, destino y castigo de la fuerza estancada.

Pero está demasiado incorporada al mundo de su infancia, que ha condicionado sus gustos y sus maneras exteriores, para no experimentar el contraste y la rudeza de las gentes que desde el suburbio de los inmigrantes pujan por surgir al primer plano de la vida porteña, ya no en calidad de satélites, como los sirvientes, los proveedores y las amantes de la gran familia de 1900-1910.

*Ana Allison*, en *Los Frutos Amargos*, se vincula a *Lucía Decampos*, por ese deseo de sinceridad que parece ser la gran

necesidad de su alma. Ella realiza en un sentido íntimo su afán de renovación.

—«Yo resuelvo mi vida aquí dentro»—dice a Felps, su marido, señalándose el pecho.

Desde la infancia, Ana busca como medio ambiente propicio a su completo desarrollo moral el mundo de los sentimientos ingenua y libremente expresados. Titubea y se siente extraña en todas partes al no encontrarlo.

—«Cuando estuve en Inglaterra al año de casarme me decían allí que parecía argentina de pies a cabeza y hasta que pensaba y hablaba como las mujeres de aquí, lamentándose que mi sangre se hubiera desteñido tan pronto. Pero en mi propio país me dicen lo contrario: que mi parecido con los ingleses es lo más acusador que tengo».

El paso de Ana Allison por el camino de la emancipación de la mujer es leve. Su descontento no trasciende al medio y apenas se insinúa; pero Ana, tiene el sentido de la dignidad de la propia vida que la libera de una real claudicación. Ella no traiciona su condición humana; hay en este personaje como en todos los de Dickmann, un realismo veraz que no hace concesiones a ninguna idea preconcebida y se atiene a la observación sagaz y directa. Ana, se rebela y define en la única forma posible para ella dentro de la lógica de las circunstancias de su vida. Lo hace en la magnífica escena de amor que cierra el libro, donde definitivamente se encuentra con Reca, el desamparado y furtivo visitante de la quinta de los Allison en los lejanos días de la niñez.

«Siento una sed nueva, sed de esa paz que da la proximidad de lo que es puro, de lo que no está contaminado, de lo que está cerca de la tierra misma... Hasta ahora he creído que vivía la única vida posible. Me engañaba entre el sueño y la realidad, arrullada por una canción falsa y una extraña lengua, entre seres fríos sin más entrañas que sus fríos cerebros que les dictan normas para cumplir con perfección la inmunda tarea de entretener el cuerpo...».

Ruth Somervil, la de *El Motín de los Ilusos*, el último libro de Max Dickmann, marca con su sentido de independencia no ya solamente sus sensaciones o sus sentimientos sino el aspecto exterior de su vida. El hogar no imprime emociones en su infancia, árida y áspera como la pampa que penetra con sus vientos helados y con su desolación en el pueblito natal. En su «ancha frente pesada de ensueños» rebota la mirada de los otros chicos que la miran con ojos fríos, vidriosos e inmóviles, iguales a los de los sapos y a los de los perros muertos» y se graba en cambio la leyenda de la abandonada capillita, la meta de sus excursiones infantiles, en cuya puerta lee la frase tremenda de sentido: «Salva tu alma».

Ella ignora el pudor, si por pudor se entiende la fórmula de la señora Somervil «de no leer todo lo que le cae delante de los ojos» porque tiene un sano instinto de mujer fuerte. Por eso frente a la revelación de la vida no siente «miedo ni asco, pero sí el pesado deseo de algo incierto que no sabía precisar. Por primera vez le aterraba estar sola y sin embargo no deseaba la proximidad de ningún ser viviente. Algo la había marcado con una señal indeleble que desde ese momento tendría que llevar toda la vida sin una queja, como se lleva el alma atribulada o la conciencia cargada de remordimientos. No se sentía como si despertara en la clara mañana de una vida distinta sino como si se hundiera en un sueño de agobiadoras pesadillas. Una resaca de absurdas imágenes pegajosa y húmeda la empapaba y como la que rodaba a sus pies dejando en la arena una huella espumosa, su desvelada inocencia se debatía entre el incontenible flujo y reflujó de sus sentimientos».

Desde entonces la fórmula «Salva tu vida» se superpone a «Salva tu alma». La estéril oposición de su madre, la insignificante petulancia paterna, el refinamiento vicioso de Madame Florimond, los coqueteos, la conciencia de su atractivo como mujer, las discordias incoherentes de los compañeros de sus afa- nes políticos y sociales, son diferentes etapas que va recorriendo

para afirmarse en la salvación que busca y a la que aspira. Está creada con material humano y por lo mismo es difícil desentrañar de los hechos que componen su vida el móvil que los maneja. Sobre todas las cosas surge un deseo de acción que la evidencia como legítima representante de una generación a la que la acción le ha sido impuesta con más angustia, tal vez, que a sus predecesoras. Y a esta acción la conduce un íntimo sentido de seguridad que descarta todo aquello que a primera vista repugna a sus sentidos.

Junto a *Lucio Cabral*, el otro personaje central de esta novela, *Ruth Somervil* que hasta entonces sintiera al amor frívolo como a un «mezquino placer no compartido» siente vibrar toda su femineidad como un brote tierno en lo más denso del follaje al paso de la brisa del verano».

Frente al amor como frente a todos los elementos que estructuran su vida, *Ruth* actúa cumpliendo el dramático destino del hombre y de la mujer modernos empeñados consciente o inconscientemente en esa formidable tarea que es la construcción de una nueva sociedad, e inspirados por la luz de la sentencia: «Sé tú mismo».

Ella la cumple puesto que vive sus sensaciones sin deformarla. Al unirse con *Lucio Cabral*, su sentido de emancipación no la desorienta ni la coloca en una absurda posición de mujer que quiere afirmarse por medio del hombre o a sus expensas, ni tampoco en la de la incómoda facilidad de las sometidas. El tema de la novela no permite desarrollar las características de esa unión apenas esbozada. *Dickmann*, las perfila solamente en las reflexiones que la primera noche de amor sugiere a *Lucio*.

¿Cuál podría ser el destino de esta impetuosa muchacha a la cual su belleza y su vivacidad mental equilibran en una feliz situación de mujer? *Ruth Somervil*, es joven y plantea un problema actual cuya respuesta está en el curso de los acontecimientos.

Ella no logra dar a su emancipación la claridad de móviles

sociales o de impulsos que más de un espíritu simplista desearía ver en el personaje que ha de representar un tipo. Como figura literaria éste es uno de sus mejores rasgos, el que la ubica con mayor precisión dentro de las características que componen su vida y su ambiente.

Por su espíritu de combate y por sus repetidos pasos en falso, *Ruth* indica la honda necesidad de renovación, el deseo de un firme sostén que reúne y enfrenta a sus compañeros de lucha, la mayoría de los cuales se hunden en resentimientos o en opacas cobardías que aplastan toda iniciativa. Tampoco ella se salva. Pero el pulso de la humanidad late por los hechos positivos, por los que brotan del continuo afán de creación que es el destino del mundo y de sus criaturas. Las novelas de *Max Dickmann*, señalan sucesivos momentos del correr de los hechos en nuestro país. En ellas convergen y se precipitan las causas que los determinan. *Lucía Decampos*, *Ana Allison* y *Ruth Somervil* son seres que viven en perpetua rebelión frente a lo negativo. Este es ya un buen principio.